

MIGUILLÉN PARTICULAR

Adolfo García Ortega

En la primavera de 1985 terminé de escribir un libro sobre la poesía de Jaime Gil de Biedma. Lo había titulado *La vaguedad del sentimiento* e inmediatamente se lo envié a Jaime, a quien aún no conocía, buscando su opinión. Una semana después recibí una carta suya; a mi contestación siguieron unas largas conversaciones telefónicas. Pocos días más tarde nos invitó a cenar a mi esposa, Maribel, y a mí en un restaurante madrileño, con final en «Oliver». Hablamos de poesía y un poco de mi libro, sobre todo él, y era una delicia escucharlo, tanto que puedo decir que fue una de las más gratas experiencias de mi vida. Con una atención que me admiró se había detenido en cada párrafo y, mientras me explica sus observaciones, en un momento dado, me dijo: «Creo que soy la excusa para hablar de tu propio mundo poético». Al hilo de esto hablamos mucho más de mil cuestiones relativas a los versos, con una sabiduría inmensa por su parte, equivalente para mí a cien libros que hubiese leído. Al marcharnos, ya en las puertas del «Oliver», una frase suya, que me ha servido para delimitar el territorio de mis inicios como poeta, se me quedó grabada, memorable, claro, para mi particular intimidad: «Así que yo soy para ti lo que Guillén fuere para mí». Esa era la clave, y por eso el libro no se publicó nunca.

Acertó plenamente: mi mundo no es el de Jaime, pero él representa para mí la enseñanza de escribir versos; el mapa para mi propia poesía; le debo cuanto sé del arte de las sílabas, de su práctica, y, como para tantos otros poetas de mi edad, ha sido una puerta abierta a una tradición literaria, a otros modos de decir, a otros poemas que, tal vez, hayan influido en nosotros más que los suyos. Creo que él nos mostró unos atributos de buena parte de la poesía de hoy: la distancia, la universalidad del personaje, el poema en voz baja, la narratividad y el tono que busca interlocutor.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

No encuentro nada mejor para estar presente en las páginas de Renacimiento que dedicáis a mí muy querido Jaime que enviaros este poema. Yo lo escribí cuando él me dijo que no quería volver nunca más a dedicarse a la poesía, cosa que cumplió. Ahora pienso que con lo que ha dejado basta y sobra para que su obra sea una de las más importantes de este siglo. Pero entonces me asusté, sobre todo cuando le vi apretar el acelerador de la vida casi con desesperación. Eso era por los años ochenta, creo, antes de que enfermara.

1 No sé decirles nada más. Yo le quería.

BOLERO

En memoria de mi amigo
Jaime Gil de Biedma.

A ti te ocurre algo
yo entiendo de estas cosas:
hablas a cada rato
de gente ya olvidada
de calles lejanísimas
con farolas a gas
de amaneceres húmedos
de huelgas de tranvías
cantas horriblemente
no dejas de beber
y al poco estás peleando
por cualquier tontería;
yo que tú ya arrancaba
a que me viera el médico
pues si no un día de estos
en un lugar absurdo
en un parque en un bar
o entre las frías sábanas
de una cama que odies
te pondrás a pensar
a pensar, a pensar
y eso no es bueno nunca
porque sin darte cuenta
te irás sintiendo solo
igual que un perro viejo
sin dueño y sin cadena.

J.A.G.

FELIX GRANDE

«Entre las ruinas de mi inteligencia» es un verso con el que Jaime Gil de Biedma cerró uno de sus poemas y casi concluyó su obra, hace ya más de veinte años. Desde entonces, nunca hemos dudado de que con esas metafóricas ruinas Gil de Biedma había construído uno de los edificios poéticos más resistentes de la modernidad de nuestro idioma.

Escribió poco, pero fue leído. Era modesto, pero necesario. Fue discreto, pero reivindicado por sus lectores. No tuvo ambición, tuvo talento. Asesinado por la muerte, nos hemos quedado sin un joven maestro y sin un viejo amigo. Nos quedamos más solos. Y con un poco de ira al lado de nuestra congoja.